

SEMBLANZA DE LÓPEZ VELARDE

Margarita Villaseñor*

La vida de Ramón López Velarde abarca los últimos años del gobierno de Porfirio Díaz, la lucha revolucionaria hasta el asesinato de Carranza, el interinato de De la Huerta y el primer año del gobierno de Álvaro Obregón. Su niñez transcurrió en el seno de una familia zacatecana en un pequeño pueblo: Nada hubo en su vida de entonces que lo distinguiera de los otros niños de la clase media del México de principios de siglo. Se le inculcaron las buenas maneras tradicionales y fue educado dentro de un catolicismo de credo y de práctica. Su infancia dejó en él un sello imborrable. Cuando ocurrió el levantamiento de Madero, se interesó en la política, se adhirió a la causa maderista por convicción y simpatía, pero nunca en forma apasionada o ardiente. La pasión de López Velarde se concentra en su drama interior y en la poesía. En la historia de la literatura desempeñó un papel significativo, a partir de la aparición de su primer libro en 1916. Su influencia en los jóvenes de entonces se acentúa tal vez por la muerte de Gutiérrez Nájera, Othón y Nervo, y por el silencio de Díaz Mirón y de Urbina. La obra de Ramón López Velarde es breve: tres libros de poesía, *Sangre devota* (1916), *Zozobra* (1919), *El son del corazón*, poemas recogidos después de su muerte y publicados en 1932. A esto hay que añadir sus artículos en prosa aparecidos en diferentes diarios y revistas de la época y reunidos años después de su muerte en dos volúmenes: *El minuterero* (1923) y *Don de febrero* (1952). Existen además sus *Prosas Políticas* congregadas en

1953. Prosas, cartas y poemas dispersos u olvidados se incluyeron en la edición del Fondo de Cultura Económica: *Obras de Ramón López Velarde*, aparecida en 1971.

Tras la liquidación del Modernismo, la poesía de López Velarde abre nuevos caminos. Puede decirse que junto con González Martínez y José Juan Tablada inicia la literatura mexicana contemporánea. Al mismo tiempo que la Revolución, se inicia en la cultura un cambio que desembocó en una expresión nacional y auténtica. La poesía moderna se inicia antes en Latinoamérica que en España y uno de los pioneros es López Velarde. Octavio Paz, en el estudio que aparece en *Cuadrivio* nos dice que con López Velarde empezó una nueva visión de las cosas: "La mirada que se mira, el saber que se sabe saber y que es el atributo o la condenación del poeta moderno". Su conflicto quizá es y ha sido compartido por todos en mayor o menor escala, con una persistencia más o menos terca, con una intensidad variable. Pero nadie había sabido sacarlo a luz, darle esa exacta expresión, ahondar en él. Su mundo es sensorial y emotivo. Es también diminuto. Se centra en sí mismo, en cavar hacia adentro ignorante de lo que lo rodea. Su lenguaje, a fuerza de buscar, de pulir, de empecinarse en lo original y distinto, en lo sorpresivo y sorprendente, resulta a veces afectado, pero acaba por constituir su expresión personal. Su temática, como su obra, es breve. Se repite o se complementa en sus textos en prosa. Sus influencias son muchas. Se ha hablado de Darío, de Efrén Rebolledo, Francis Jammes, Herrera Reissig y Lugones. Se puede hablar de cierto parentesco con

* Departamento de Humanidades, UAM-Azcapotzalco.

Valle Inclán. Noyola Vázquez estudió la influencia de Andrés González Blanco en los años de adolescencia del jerezano. Othón, González de León y Nervo son otros nombres que se añaden a la lista. Entre los autores franceses, y con muy marcado énfasis, sobresalen las figuras de Baudelaire y de Laforgue.

La vida literaria de Ramón López Velarde transcurrió entre la fría reserva del grupo del Ateneo de la Juventud y la afectuosa simpatía de sus compañeros de época. Los poetas de la generación de Contemporáneos le dieron una más entusiasta acogida. Todos o casi todos ellos escribieron sobre la obra de López Velarde. En 1940, Xavier Villaurrutia hace una selección de la poesía precedida por un prólogo. *El León y la Vigen*, uno de los estudios más importantes y reveladores sobre la poesía del zacatecano. También José Gorostiza y Ortíz de Montellano publican varios artículos. Jaime Torres Bodet, en la revista *Contemporáneos*, hizo aparecer su estudio "Cercanía de López Velarde". Jorge Cuesta comentó la aparición de la antología preparada por Villaurrutia y Carlos Pellicer dedicó a López Velarde su primer libro de poemas: *Colores en el mar*.

En la historia de la crítica de López Velarde, que cuenta ya con innumerables títulos, sobresalen el prólogo de Villaurrutia, el estudio de Luiz Noyola Vázquez, el de Allen W. Phillips, los varios y excelentes ensayos de Octavio Paz. En el arduo e ingrato campo de la investigación y recopilación de textos y de datos biográficos, habría que señalar la labor de Elena Molina y la aportación de Guadalupe Appendini.

Ramón López Velarde, alto, vestido de negro, pasea por la Avenida Jalisco, hoy Álvaro Obregón, sus maneras corteses y su azoro provinciano. Hace girar en sus dedos morenos las agudas aristas de su obsesión íntima. Ahí, como quien pone el dedo en la llaga, puso su pluma sin apartarla del renglón. Ramón López Velarde payo y supersticioso, balanza de escrúpulos, no leyó nunca en las líneas de su mano su suerte literaria. ¿Se sorprendería ahora al saberse el poeta nacional? ¿Se asombraría al saber su fama y su permanencia?

El antecedente histórico de su poesía fue –como se dijo– el Ateneo de la Juventud. Lo constituían,

fundamentalmente, prolongaciones del modernismo ortodoxos como Alfonso Reyes y Rafael López, ejemplares sin vibraciones, en los que el cuidado por la expresión pura, por la métrica con base en una preceptiva, anuló la respiración, hirió gravemente la convulsión poética. En ese grupo hay además una contradicción: los ideólogos, Caso y Vasconcelos, afirmaban sus especulaciones filosóficas con base en un futuro mexicano que era la revolución, pero sus poetas, insisto, escribían bajo ataduras tradicionales y hacían de su poesía un mero espejo descriptivo. López Velarde irrumpió, a irrumpió solo. Quizás acompañado por una sombra agresiva y experimental: José Juan Tablada. La grandeza de Tablada viene de un camino inverso. Pasa del modernismo a la vanguardia, a la revolución. López Velarde sigue un único camino. ¿O es que la muerte segó su trayectoria? Camino escaso y limitado. Nuevo también, porque respira y vibra, porque apunta e ilumina la oscuridad de su laberinto interior, porque se descubre e inventa a sí mismo. Hay otras novedades: en la expresión, en el lenguaje, en la estructura del poema, en lo sorprendente de la rima, en su obsesión por el nuevo concepto, en suma, en la originalidad inventiva. Es el poeta del cambio y las primicias. Esto hace la grandeza. Añade a su presencia de mexicano católico y pueblerino –figura de identificación y comunión– el aura triunfal de su poesía.

Nació en Jerez, Zacatecas. El 15 de junio de 1888. Fue el mayor de nueve hermanos. Su padre era por entonces juez de letras de la ciudad. Ahí conoció a María Trinidad Berúmen, madre del poeta, y de la que se sabe, fue una hermosa mujer de cabello tan largo que le llegaba a los tobillos. Poco se conoce de estos años de López Velarde, pasados en Jerez. Apenas lo que se va desgranando de sus textos: sus juegos en la plaza de armas, por cuyos senderos corría después de las lecciones del alfabeto "tras la quimera policroma de las mariposas" y en donde jugaba carreras con las amiguitas que salían "aliñadas de sus casas para regresar con tierra en la cara y ropa manchada". "¡Pobres amiguitas, de las cuales unas han muerto en flor, otras se han marchitado en la rueca y otras han sabido de sollozos, en la sombra de los desencantos matrimoniales". La ima-

gen de Jerez va apareciendo aquí y allá en forma de nostálgica evocación en las poesías y las prosas de López Velarde: la torre, las campanas, los pájaros – aquel cenxontle, el pájaro que habla nuestro idioma, que enterraron sus hermanos en una caja de hilo de La Cadena y que dio origen a unos versos de *La Suave Patria*: “Tus entrañas no niegan un asilo para el ave que el párvulo sepulta en una caja de carretes de hilos”–. Se sabe, sí, que estudió en el Colegio Morelos de las señoritas Cervantes y todos los testimonios concuerdan en que era un niño formal y serio, con los libros bajo el brazo, que solía ir a jugar en “la tarde de asueto de los sábados” al quiosco de la plaza. Ahí, en las calles de Jerez transcurrieron sus años infantiles, muy semejantes a los de la niñez de cualquier provinciano de la clase media. En la iglesia de la Inmaculada Concepción fue bautizado y se confesó por primera vez. Ahí “en los mayos de perfumes y flores”, acudía cada tarde a ofrecer un ramo a la Virgen, ahí volvería después, en vacaciones, a revivir los recuerdos, las figuras que se quedaron en su imaginación, que lo iban a acompañar siempre y que llenarían su expresión de cínulos y casullas, de inciensos, de custodia, de colores cuaresmales y de pan bendito. Recordará López Velarde la casa solariega, y los balcones, las mujeres cosiendo tras los visillos, las cofias de las abuelas, los sueños de las muchachas a la caída de la tarde y el Ángelus y el rosario. Recordará López Velarde, cuando siete años más tarde emprenda el temido regreso al terruño y recorra “leguas y leguas de alcaparras” hasta alcanzar “el puente pegado a mi lugar”, puente sin arcos, trunco. Recordará la casona en donde comienzan a despertarse los fantasmas. Dirá entonces que Jerez lo tienta con “halago de fósil y de miniatura”. La noche y la lluvia son para el poeta ambientes propicios a los fantasmagóricos: “Metidos ya en el lecho, como en un sarcófago, el reloj del Santuario deja caer las doce. El trueno rueda y todo se vuelve nugatorio”. En cambio la mañana lo despierta con “la diana de los pájaros” que “ha heredado el esmero poético”. Pero en el retorno a su lugar de origen López Velarde comprende que ante la ciudad inmutable, él ha cambiado: “ya no sé comer ... Ni los genuinos manteles

calados, ni el pan legitimista que desborda por la mesa, retando al perfume de los rosales, ni siquiera la leche ártica” han logrado despertar su apetito. En Jerez tuvo López Velarde sus primeros atisbos de amor. A Anita Suárez, una de tantas muchachas cantarinas, a quienes sólo recuerda parcialmente, por la voz o la risa o la mirada, dedicó algunos poemas. Las cartas se intercambiaron durante algún tiempo y después el romance decayó en el olvido.

En 1898 los López Velarde se fueron a vivir a Aguascalientes; se dice que cuando abandonaron su casa de Jerez, frente a la Plaza, el poeta escribió en la puerta: “Ya me voy de esta casa querida donde tantos recuerdos dejé”. Tenía entonces diez años. En Aguascalientes prosiguió sus estudios en la Escuela de Sóstenes Olivares. En 1901 estudió en el Seminario Conciliar de Zacatecas, y dos años más tarde volvió a Aguascalientes, al Seminario Conciliar de la Purísima en donde permaneció hasta 1905. Jerez no está olvidado. López Velarde suele pasar en su ciudad natal los días de vacaciones. Llegan los noviazgos de la adolescencia, las primeras frases de amor, las cartas furtivas, “la sonrisa inmortal de la novia que se esfuma en la intimidad de los corazones y de la que no podríamos decir si tuvo guedejas de aurora o bucles negros”.

Todo se confunde en la memoria. Sus compañeros de seminario lo recuerdan callado, teciturno. Pálido y delgado. Recuerdan su afán de lectura su entrega al estudio. Es en esos años, en 1903, cuando se enamoró de Josefa de los Ríos, nacida el 16 de marzo de 1880, hermana de Soledad la esposa de su tío Salvador. El amor de Fuensanta, como el poeta habría de bautizar a la jerezana, es el eje y centro de su obra. Primero el amor ideal, el que no cae en la tentación de la carne y después el amor de la muerte asimismo irrealizado. Josefa de los Ríos no era una mujer bonita, pero agradable, muy piadosa. Ya desde sus primeros poemas, López Velarde habla de Fuensanta: “Tú no eres en mi huerto la pagana rosa de los ardores juveniles”, dice en “Elogio a Fuensanta”. Y luego, cuando vuelve a Jerez, escribe: Fuensanta: cuando ingreso a tu valle azul la ternura de ayer se me alborota, / pero yo le aconsejo que se calle. / Mi corazón es cuerda rota”.

Las citas podrían ser incontables. El poeta insiste en los ojos y en las manos de la amada. Insiste también en su amor fraterno, puro. Aquella Josefa que iba por las mañanas a misa y por las tardes al rosario con su silla de tijera, aquélla, la de las tertulias y las melopeas, la de los días de campo en Rosario, había heredado su nombre literario. Fuensanta, de un poema de Guillermo Eduardo Symons –mexicano modernista–, “Epístola a Fuensanta”. Ni el poeta ni el poema valen la pena, pero quedan ahí como inspiradores de López Velarde, a quien impresionaron de alguna manera.

En un magnífico estudio: *Fuentes de Fuensanta*, Luis Noyola Vázquez, al hablar de la niñez del poeta zacatecano, nos pone enfrente las posibles influencias literaria que tuvo de niño. Esto es, los libros de lectura y de texto que acompañaron al niño durante sus años de primaria. Textos importantes para cada uno de nosotros. Se recuerdan años después, muchos años después, con notoria fidelidad de la memoria. Dice Noyola que a finales del siglo pasado se editó en Zacatecas un libro

de Geografía en verso que contenía además, en su parte final, algunas poesías descriptivas y que se titulaba *Cantos del Nuevo Mundo* y cuyo autor era Manuel Ríos Escalante. En el librito figuran los poemas como “Los rasgos característicos de América” y una silla “A la naturaleza”; piensa Noyola, tal vez con razón que cuando menos la adscripción a la geografía y a las referencias geográficas, perennes en la poesía del jerezano, pudieron muy bien tener su fuente en ese manual escolar. También de parentesco cercano inmediato, obvio, es la poeta español Andrés González Blanco, cuyas huellas Noyola ha rastreado con acierto. González blanco, es un poeta

menor superado ampliamente en todos los aspectos por López Velarde, pero la semejanza va más allá de las coincidencias, surgidas de la monótona igualdad de la vida de provincia.

Y, haciendo un aparte, hay que señalar que en López Velarde la provincia es algo mucho más hondo y trascendente que lo puramente pintoresco y superficial que han querido ver en él sus imitadores. La provincia es ante todo, parte el jerezano, la honda y definitiva marca de su infancia, la recuperación

de una personal experiencia formativa, la restauración –imposible ya– de la pureza; la provincia, así, deja de ser la consabida Plaza de Armas, los fuegos de artificio, la sola circunstancia colorida, idéntica, como una gota de agua a otra, en todos los pueblos y ciudades de la república, y se transforma en una irrevocable aprehensión del universo, en una jerarquía infranqueable de valores. La traición a este primer aprendizaje traerá consigo –si bien en amplia gama de matices–, siempre, una terrible conciencia de culpa, un sentimiento de pecado, una desoladora idea de falta

irreparable, una nostalgia de la inocencia bautismal, un instintivo horror al cambio.

De sus años de Seminario, de sus vacaciones en Jerez, de la contemplación de las eternas vírgenes de su tierra, mujeres marchitas o muertas antes de “llegar al altar”, sacó López Velarde la imagen espiritual casi intangible de una mujer sin mancha, virtuosa y grácil, quieta o fija siempre, a la manera de un cuadro: con el pañuelo en ademán de despedida, con una sonrisa en la ventana, cosiendo en el corredor o en el patio, cortando las flores de las macetas, asomada al balcón y esperando, girando al compás de un vals y contándole su hastío. Mujeres almidonadas



San Juan Evangelista y San Juan Bautista.

de blanco corpiño y falda negra, como aquella prima Águeda que despertaba en él “calosfríos ignotos”; “jerezanas católicas y humanas” que velaron de amor sus primeros años. Su encuentro con Josefa de los Ríos, varios años mayor que él, enferma e ignorante del amor que inspiraba al poeta, le proporcionó tal vez la solución satisfactoria y momentánea para su conflicto primero de correlación entre amor y pecado, probablemente nacido del concepto católico de la flaqueza y concupiscencia de la carne que, como se sabe, es uno de los mortales enemigos del alma, junto con el demonio –ángel de los infiernos– y el mundo que al parecer no llegó a seducir al poeta. Dice Ortíz de Montellano que tiempo más tarde, cuando ya López Velarde radicaba en la ciudad de México y temía ceder a la tentación de la lujuria, se alejaba de las mujeres, “flor de pecado”, de la metrópoli y volvía al refugio de Jerez a “satisfacer su deseo” sino con las vírgenes jerezanas, sí con unas damas francesas que vivían a espaldas de la Parroquia.

En 1904 comenzó a escribir en la página “Lira Aguascalientes”, del semanario *El Observador* del Licenciado Eduardo Correa, escritor poeta y periodista quien gustaba de impulsar a los jóvenes talentos locales. Un año más tarde abandonó el Seminario para ingresar en el Instituto Científico y Literario de Aguascalientes. Con Enrique Fernández Ledesma, Pedro de Alba, Rafael Sánchez y Valdepeña, fundó la revista *Bohemia* de fugaz aparición. En el segundo número –agosto– aparece el poema “Explosión” de E. Fernández Ledesma, dedicado a Ricardo Wencer Olivares que no era otro sino Ramón López Velarde. En otro número –agosto de 1906– López Velarde, bajo el seudónimo que le había inventado su amigo, publicó un poema titulado “A Suiza”. También en 1906 apareció en *El Observador*, “Fragmento de una poesía”, esta vez con el nombre verdadero del autor.

En 1907 Ramón López Velarde terminó sus estudios preparatorios en Aguascalientes e inició los profesionales en la facultad de Derecho del Instituto Científico y Literario de San Luis Potosí. A finales de ese año murió su padre en Aguascalientes; la familia, que siempre había sido muy unida, se unió más bajo la tutela de la madre, una señora a quien

se hubiera podido aplicar la frase del poeta “con tus siete virtudes”. El finiquito económico después de la muerte del jefe de la familia fue una deuda de quinientos pesos. La familia regresó a Jerez a vivir en la casa del tío Sinesio y de la tía Luisita. Otro tío, Salvador, el cuñado de Fuensanta, sostuvo los estudios de los dos hijos mayores. En San Luis, debió añorar López Velarde a sus amigos de Aguascalientes: Pedro de Alba, Fernández Ledesma, Saturnino Herrán, Jesús Contreras, Jesús Díaz de León, José F. Elizondo, los Pani y otros más. Debió añorar también las reuniones en el jardín de San Marcos, en donde se daban cita para hablar de pintura y de música, para leer y comentar los versos.

Por estos años López Velarde, tímido, con facilidad para ruborizarse, con su aspecto pulcro ligeramente payo y su acentuada cortesía, logró abrirse las puertas de algunas publicaciones: *El Debate* dirigido por Eduardo J. Correa, quien mantuvo estrecha amistad con López Velarde hasta 1917 y quien lo invitó a colaborar en todas las publicaciones que estuvieron a su cargo; la revista *Nosotros* de Aguascalientes publicó en 1909 el poema “Canonización”, en el número correspondiente al mes de febrero; en el mismo número aparecen algunas notas bibliográficas también escritas por el poeta. El Licenciado Correa se fue a Guadalajara y fundó allí el periódico *El Regional* y su suplemento literario “Pluma y Lápiz”, órganos en los que colaboró con cierta regularidad el jerezano ya sea con poemas, artículos políticos y otras prosas desde mayo de 1909 a abril de 1912. En la revista *Cultura* también de Guadalajara, en el número 9 correspondiente a octubre de 1909, publicó “Poema de la vejez y del amor”. Según Salvador Azuela, la revista *Kalendas* de Lagos de Moreno, en el número 11 y 12 de diciembre de 1908, publicó el poema “Domingos en provincia” que más tarde pasaría con algunas variantes a *Sangre Devota*. Anteriormente dio a conocer el “Elogio a Fuensanta”, tal vez la primera mención que hizo el poeta de la novia imaginaria y constante, aquella del destino irremediable que obligó al jerezano a “ir soportando la sonrisa de su amor muerto, sin lograr como el Duque de Gandía, la suerte de mirar en descomposición a la amada”.

Ya en sus artículos de *El Regional*, desde 1909, López Velarde había entrado en materia política. Concretamente, en octubre de ese año, envió al periódico un texto titulado "Madero", en donde al hablar de la sucesión presidencial calificó la acción del Presidente Mártir de "actitud caballerisca, gesto bizarro, palabra de justicia". Esta *rara avis* de nuestro mundo político agrada al poeta, quien simple y llanamente declara: "Madero me es simpático". Pese a esta simpatía, critica abiertamente al coahuilense:

"Consentir en la reelección del presidente para oponerse a la de los demás funcionarios es lo que en romance se llama andarse por las ramas. Pero creo que en esto Madero fue torpe. No más. Lo juzgo honrado como siempre".

Ante ese "andarse por las ramas", el jerezano no puede menos que exclamar: "¡Señor Madero, por Dios!" Según testimonios recogidos por Elena Molina y Guadalupe Appendini, López Velarde conoció a Madero y llegó a tener con él un cierto grado de amistad. Pero no se enroló en las filas combatientes. José Luis Martínez en su "Constancia" a la edición de las *Obras de Ramón López Velarde*, publicadas por el Fondo de Cultura Económica, sitúa el encuentro del poeta con el político en la época en la que éste fue aprehendido y llevado a San Luis Potosí. Parece ser que hizo algunas excursiones con Madero y asistió a las reuniones que se celebraban en el hotel Sainz. Actuó como abogado defensor de Madero y, se supone, contribuyó a la redacción del Plan de San Luis. Algunos dicen que ayudó al líder antireeleccionista a salir del país en su huida a los Estados Unidos.

Ese mismo año de 1910, López Velarde terminó el manuscrito de *Sangre Devota* que dedicó a la memoria de su padre y que no vio la luz sino hasta 1916. Terminó asimismo, en 1911, sus estudios de abogado, con tan altas calificaciones que se le concedió, por unanimidad, el título sin tener que presentar el examen en San Luis Potosí, divide su platónico amor por Fuensanta con el menos platónico, pero igualmente puro, de María Magdalena Nevárez, la que inspiró el poema "No me condenes".

Yo tuve, en tierra adentro, una novia muy pobre: ojos inusitados de sulfato de cobre. Llamábase María; vivía en un suburbio, y no hubo entre nosotros ni sombra de disturbio..." que se publicó en *Zozobra*. María no se casó nunca, pero adoptó dos hijas. Su noviazgo con el poeta no tuvo nada de especial. Se conocieron en "la serenata" de la Plaza de Armas una de tantas noches. Se vieron. Se gustaron. Ramón le mandó unas flores y algunas cartas de amor. La visitaba. En 1911 López Velarde se fue a Venado y en 1912 se fue a México con su hermano. Vivía en una casa de huéspedes de la Calle de Dolores.



San Juan Nepomuceno.

Algunas veces, María viajó a la capital y se encontraron. Trabajaba entonces el poeta como actuario en un juzgado. Había ido a ver al presidente Madero, lo encontró en el elevador de palacio, conversaron y le dio la chamba. Pero López Velarde no tenía corazón para los embargos ni gusto por ese empleo y regresó a San Luis. La distancia, la idea de peligro que encubría el amor para el poeta, las ocupaciones, hicieron de aquella María tan sólo un recuerdo grato, complacencia de culpa en la estampa del poema: "¡Perdón María: Novia triste, no me condenes!, cuando escile el quinqué y se abatan las ocho, cuando el sillón te mezca, cuando ululen los

trenes, cuando trabes los dedos por detrás de tu nuca, no me juzgues más perverso que uno de los silbatos que turban tu faena y tus recatos. No me condenes.

Al finalizar sus estudios de abogado, López Velarde fue nombrado juez en Venado, un pueblo tranquilo de calles empedradas y solitarias. No sólo era juez; era el mejor partido del pueblo. Todas las muchachas estaban enamoradas de él. No se parecía a los demás jóvenes. Era un hombre sin vicios, metódico y ordenado. Paseaba algunas veces por la plaza o por el río. Leía. Siempre estaba solo. Vivía en el hotel San José, vestía de negro y usaba bombín. Cuando se desató la Revolución hubo gran tumulto. Quemaron la fábrica de hilados y hubo varios tiroteos. El poeta se fue a San Luis y de ahí a México.

En el año de 1912, López Velarde fue postulado candidato suplente a la diputación por Jerez, Zacatecas. Un artículo firmado por Eduardo J. Correa, aparecido en *La Opinión* el 21 de mayo de 1945 y recogido por Guadalupe Appendini en su libro *Ramón López Velarde, sus rostros desconocidos*, nos cuenta la única aventura política del jerezano. Lo auspiciaba el Partido Católico y el candidato propietario era Francisco Hinojosa quien, se sabía, iba a renunciar a la silla. Según Correa las elecciones fueron ganadas en forma arrolladora por la planilla Hinojosa-López Velarde. Pero las argucias políticas del contrincante Elorduy le escamotearon el triunfo.

En 1912, año de intensa actividad para López Velarde, comenzó a colaborar en *La Nación*, órgano del Partido Católico Nacional que había apoyado su candidatura. Escribió ahí, siempre bajo la tutela de su amigo Correa, en la sección "Vidrios de Colores". Entre sus crónicas de entonces aparecen sus impresiones del regreso al terruño después de siete años, bajo el título de "El solar", recogidas más tarde en *El Minutero*. En 1913, cuando regresa a San Luis Potosí, colabora semanalmente en el *Eco de San Luis*, en la serie "Renglones líricos" y bajo el seudónimo de Tristán. Muchas veces, en el diario *La Nación* antes mencionado y del que fue articulista, columnista y editorialista, firmaba como Esteban Marcel o Marcel Estebanés. Entre estas publicaciones incluyó López Velarde muchos comentarios po-

líticos que sorprenden un tanto por su llaneza, su desenvoltura y su ironía, pero que pese al empeño de algunos estudiosos no son de gran interés. La mayor parte de esos textos se refiere a asuntos locales de San Luis o Zacatecas y algunas veces a Michoacán y Guanajuato. A través de su lectura se va desprendido de la ideología política y social del joven López Velarde, siempre dentro del catolicismo y con uno que otro toque reaccionario. Todavía no se había formado el México que actualmente conocemos, ni se había estabilizado el país, ni el sistema o el pensamiento político; no había —ni podía haber— una buena perspectiva para juzgar los cambios. Ni siquiera para advertirlos. Hay también referencias graciosas y circunstanciales como las que hace del temblor de noviembre de 1912, o del feminismo. Para López Velarde, que sólo podía considerar a la mujer como virgen prudente o señora de su casa y que sólo la admiraba por su belleza y sus virtudes, la idea del feminismo resultaba ridícula, de igual manera que aceptaba las ideas revolucionarias pero rechazaba de tajo la arbitrariedad y la violencia.

Algunas opiniones de personas que lo conocieron coinciden en habla de la seriedad del poeta y de lo poco afecto que era a las bromas; parece que su sentido del humor se reservaba para los amigos íntimos, para la familia o para sus comentarios periódicos. Esta actitud no se limita a la prosa, según lo señala Allen W. Phillips en su libro *Ramón López Velarde, el poeta y el prosista*, que es quizás el estudio más completo que se ha hecho sobre el jerezano. En él se contempla la ironía velardiana que "consideraba sentimental y cómico a la vez su drama íntimo y confesaba que era un hombre débil y espontáneo "que nunca tomó en serio los sesos de su cráneo". Octavio Paz, en *Cuadrivio*, también examina y señala el sesgo humorístico de López Velarde.

En el año de 1913, la familia López Velarde se trasladó a México y el poeta se le reunió unos meses más tarde. Ahí comenzó a relacionarse con los escritores e intelectuales de la capital. El 7 de junio de 1914 apareció en *El Mundo Ilustrado* la primera crítica autorizada que recibió su poesía antes de la publicación de *Sangre Devota*. El texto se titulaba "Un nuevo poeta" y está firmado por José Juan Tablada,

a quien había enviado algunos poemas manuscritos. Tablada hace patente su emoción de encontrar “un nuevo astro que se revela con sencillas músicas y fragancias encantadoras”. Fue uno de los poetas mexicanos que tuvo mayores afinidades y simpatías con López Velarde. Viajero incansable, en Nueva York escribirá, con motivo de la temprana muerte del poeta jerezano, aquella famosa “Jaculatoria”: Qué triste será la tarde / cuando a México regreses sin ver a López Velarde.

A partir de 1915, López Velarde colaboró en diversos diarios y revistas de la ciudad de México: *Revista de Revistas*, de 1914 a 1917; *El Nacional Bisemanal*, de 1915 a 1916; *El Universal Ilustrado*, de 1917 a 1920, *Vida Moderna* de 1915 a 1916, *México Moderno*, en 1920. Junto con Enrique González Martínez y Efrén Rebolledo, dirigió la revista *Pegaso* de 1917. Su vida en la capital era intensa. Había reencontrado ahí a sus viejos amigos de Aguascalientes y había creado lazos con escritores connotados como Enrique González Martínez, Rafael López, Rafael Heliador Valle, Alejandro Quijano, Manuel Horta y a tantos más.

La discreta personalidad del provinciano fue bien recibida. Alternaba su febril entusiasmo con el quehacer poético y el peridístico, con plásticas de café, largos paseos y asiduas asistencias a los espectáculos en cartelera. Algunas figuras de teatro o de ballet, le dieron tema para sus artículos. Las calles, los anuncios luminosos, despertaban su azoro pueblerino. La ciudad de México lo atraía y se le entregaba en un deslumbramiento que lo incitaba al mismo tiempo a la caída y al arrepentimiento. López Velarde consideraba toda seducción como pecaminosa. Todo atractivo era para él amenaza de despe-

ñadero. Su seguridad —la del alma y la del cuerpo— se había quedado en Jerez, el paraíso perdido a causa de Eva, la serpiente y la manzana. Todo hombre siente y vive la simultaneidad sagrada y diabólica del universo, pero en López Velarde “la dualidad funesta” ahonda y se multiplica en la infinitud de los espejos. Por un lado, una especie de puritanismo lo lleva a prohibirse lo que no está prohibido para la mayoría de los mortales y, por otra, padece un estricto sentido de irredención. El consuelo católico

del pecador está precisamente en el Sacramento de la Penitencia que devuelve al alma su pureza. Además la figura de Cristo, la muerte en la cruz, ha venido a lavar los pecados y hace posible la salvación que el poeta se niega. Hay, en el conflicto de López Velarde, una cierta compacencia en el abismo, en la condenación.

Una vez vencidos sus propósitos de amor inocente, buscó en los “turbadores gozos de las ciudades” otras formas de amor, aunque ello significara dar muerte a su “cándida niñez” y de por medio, tierra o tiempo. Obstáculos y olvido. Edad, silencio, diferencias. Lo suyo, lo

que realmente le pertenecía era “el soltero dolor empedernido de yacer como imberbe congregante”, “el apetito siempre insatisfecho de la cal”, el “descalabro que nada espera”. Lo que realmente le correspondía era la “lágrima salobre que he bebido”, la que eterniza el amoroso rito y “en cuyos mares // goza mi ánora su naufrago baño”. El amoroso rito de esperanza y huida. El sacrificio y el goce que encuentra en el sacrificio, en la derrota, en la imposibilidad del amor: “lágrima mía, en ti me encerraría / debajo de un deleite sepulcral, / como un vigía en su salobre y mórbido fanal”.



Santa Gertrudis.

El día 13, o la sal derramada, o la influencia de los astros se filtran en los textos de López Velarde. Villaurrutia, el primero en penetrar en el mundo poético del jerezano, tituló su ensayo “El León y la Virgen”, aludiendo a los signos zodiacales que riegaron su vida, y que el propio López Velarde cita en unos versos: “Me revelas la síntesis de mi propio zodiaco / el León y la Virgen”. Octavio Paz, en “El camino de la pasión” que aparece en *Cuadrivio*, comenta que López Velarde se interesó en las ciencias ocultas, como lo han hecho también otros escritores modernos. Paz atribuye la responsabilidad de esta inclinación a Margarita Quijano, o cuando menos “le debe esta imagen de su ser, regido por la doble y contradictoria influencia del Sol y de Mercurio”.

En 1916, salió a la luz el primer libro de poemas de López Velarde: *Sangre Devota*. La crítica fue benévola pero no entusiasta con este primer volumen. La novedad de la voz del joven poeta encantó a algunos, escandalizó a otros y en los demás produjo la burlona sonrisa con la que algunos suelen acoger lo que los sorprende. Los ya consagrados autores del Ateneo de la Juventud, se mostraron parcos en los elogios. Don Julio Tori, sin embargo, en un breve artículo aparecido en el único número de *La nave*, señaló la influencia de Francis Jammes y vio en el autor al poeta que va descubriendo su camino y que empieza a dominar los recursos de su arte”. Más importante es la profética afirmación de Torri: “López Velarde es nuestro poeta de mañana, como lo es González Martínez de hoy, y como lo fue ayer, Manuel José Othón”. Una revista estudiantil: *San.ev ank*, cuyos fundadores fueron Octavio G. Barreda, Guillermo Dávila y Fernando Velázquez Subikurski, publicó en 1918 una graciosa parodia de la poesía del jerezano: “Versos de Ramón López Velarde”, del libro en preparación *Lo que sobra* del autor de *La sangre devota*.

Por aquellos años, López Velarde ocupó algunos puestos burocráticos. Durante el gobierno de Carranza trabajó en el Departamento Jurídico de la Secretaría de Gobernación. Después se negó a desempeñar empleos gubernamentales, así que dio clases de literatura en la Escuela Preparatoria y en la Facultad de Altos Estudios y, al final de su vida, co-

laboró en la revista *El Maestro* que imprimía Vasconcelos en la Secretaría de Educación. Nunca llegó a gozar de holgura económica. En varias ocasiones se quejó de pobreza y hacía broma de su escasez. Cuando ya se veía en los escaparates de las librerías la elegante portada con una figura femenina y la iglesia de churubusco –obra de Saturnino Herrán– de *La Sangre Devota*, el autor iba cada día a preguntar cuántos libros se habían vendido. Después de dos semanas, la suma fue de cuatro ejemplares.

La preparación de su segundo libro, los artículos periodísticos que no abandonó, y sus empleos, llenaron las horas de 1917, Un hecho marca este año: la muerte de Fuensanta, tras una larga enfermedad del corazón. Murió en México, el 7 de mayo. En la segunda edición de *La Sangre Devota* inserta el autor un brevísimo prólogo en el que explica que “por lealtad y legalidad” consigo mismo no se ha cambiado ni una palabra, ni un punto ni una coma de la edición de 1916. “Una sola novedad: en el primer poema, el nombre de la mujer que dictó casi todas sus páginas”. Quizás ya para entonces López Velarde había podido hacer luz en el confuso amor de Fuensanta, edificado a ciencia y paciencia a base de elementos contrarios que impedían su consumación. Fuensanta, carne y espíritu; sangre y devoción. Amor aplazado y remoto, Fuensanta es una nostalgia y una lejanía, es la posibilidad de ayer y de mañana. Ya muerta es la posibilidad de la resurrección. Fuensanta nunca tuvo que ver con la realidad del amor. Fue una evocación siempre a mano. Una gran evocación. Una prolongada despedida. “Novia perpetua”. “Oh santa, o amadísima oh enferma”. La invoca lleno de unción. Fuensanta la de ingravidos pues y transparencia de éxtasis, aquella cuya paz se ha de casar con el dolor del poeta en una noche cuaresma. Fuensanta a la que alguna vez imploró el poeta que caminara en su corazón. Varias veces habló López Velarde. Anticipadamente, de la muerte de Josefa de los Ríos. Versos amenazadores y premonitorios. Se describe la muerte con lujo de detalles y sin embargo no son textos dolientes y no lo son porque la muerte de Fuensanta no significa una pérdida, sino la cercanía del encuentro que en el último momen-

to, en el poema “El sueño de los guantes negros” – posterior a la muerte de Fuensanta–, se antoja un tanto dudoso. La amada muerta, resucitada sale al encuentro del poeta. Es una madrugada de invierno y “lloviznaban gotas de silencio”, sólo “los ecos de la llamada a misa, en el misterio de una capilla oceánica, a lo lejos”. Fuensanta aparece con unos “guantes negros” cuya “prudencia” vela, según el decir del poeta, “El misterio de amor”. Los elementos que intervienen son los cotidianos: madrugada, invierno, la campana que llama a los fieles, la llovizna. Sin embargo, el silencio y el hecho de que la ciudad esté sumergida dentro “del más bien muerto de los mares muertos”, sugiere un ambiente ultraterrenal y mortuario; el color fúnebre de los guantes, la imprecisión del sueño que no permite recordar al protagonista si Fuensanta conservaba su carne en cada hueso, hacen dudar de la naturaleza del encuentro. Las manos de los amantes se reúnen y “en un circuito eterno la vida apo-calíptica vivieron”. ¿Consumación o condena? ¿Cielo o infierno?.

Fuensanta había muerto.

Dos años más tarde publicó López Velarde su segundo libro de poemas, *Zozobra*, mal recibido por la crítica. Se encuentran en él sus poemas más duros. La temática sigue siendo la misma: el amor. Toda su obra, ahí incluyendo la mayor parte de las prosas aparecidas en los diarios y recogidas más tarde en *Don de Febrero* y, se pueblan de figuras femeninas. El amor –o la mujer– tuvieron en un principio relación con el pecado. Y el pecado es destrucción, y es muerte. A medida que López Velarde va tomando conciencia de sí mismo, más se acentúa esta correlación. Desaparecida Fuensanta, su imaginaria con-

fidente, el erotismo le descubre un nuevo punto de enlace con la mujer; el abismo. En ese abismo se congregan todas las mujeres, vírgenes o casadas, provincianas o no, que han compartido con él inocencia y pecado, placer y desencanto, aburrimiento y fatiga. En su ensayo “El camino de la pasión”, Octavio Paz define al erotismo “como una infinita multiplicación de cuerpos finitos” y el amor como “el descubrimiento de un infinito en una sola criatura”. Y nos dice más adelante que la obra de López

Velarde “vive en esa quebradiza frontera que separa al erotismo del amor y en esto, acaso, reside el secreto de su seducción”.

Para López Velarde la mujer representa un cúmulo de dualidades: inocencia y pecado, vida y muerte, erotismo y amor, que, en última instancia, no son sino una sola moneda de dos caras. El poeta se debate y va haciendo cada vez más complejo su íntimo conflicto, aderezándolo con su sutileza y matices. Se niega a la elección, vive y acepta todas sus contradicciones. Permanece en un punto equidistante entre el amor y el erotismo. Le repugna por igual el liberti-

naje y el matrimonio y ambos al mismo tiempo lo seducen. Finalmente priva el amor del que huyó siempre, el amor que buscó incansable pero que cuando le salió al paso, por decisión o por destino, lo hizo emprender la retirada. Se queda entonces con su soledad. La imposibilidad de su amor con Margarita Quijano vivía en el alma del poeta con la misma certidumbre de su amor imposible con Fuensanta. Todo ello ¿no implica una exaltación de la muerte liberadora absoluta del peso de la carne, y por lo tanto del pecado y del mal?. Extraño proceso de su exacerbado catolicismo, extraña contami-



San Joaquín.

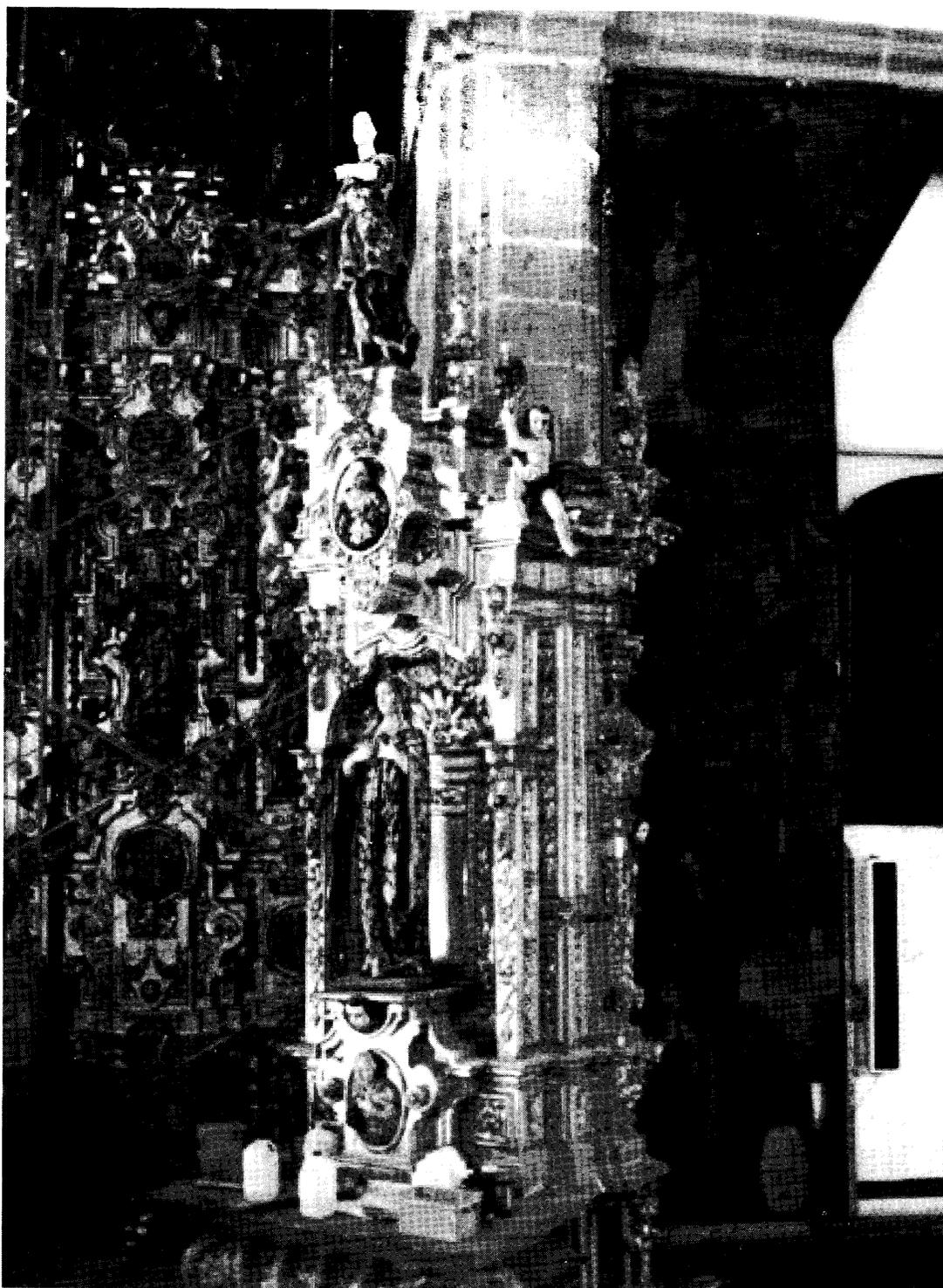
nación de los dogmas de fe al que llega, tal vez, por el camino de su conciencia delicada, atormentada por sus extravíos que lo hicieron perder tierra y quedarse “colgado de la agilidad del éter”.

Una noche de junio de 1921, salió López Velarde a uno de esos largos paseos que solía hacer, acompañado de sus amigos escritores, a lo largo de lo que hoy es la Avenida Álvaro Obregón. Iba con él Rafael Heliodoro Valle. Se discutía a Montaigne. A pesar de la estación estaba helando. Cayó enfermo y murió unos días después, el 21 de junio, sin “enfermedad larga” y “en rápida agonía” como lo solicitó a Dios en uno de sus poemas, los últimos, que fueron recogidos póstumamente en *El son del corazón*. En ellos encontramos versos que definen su vida y su persona: “No he buscado poder ni metal / mas viví en una marcha nupcial”. Y en otro lugar: “Yo sólo soy un hombre débil, un espontáneo / que nunca tomó en serio los sesos de su cráneo / A medida que vivo ignoro más las cosas; no sé ni por qué encantan las hembras y las rosas /... Mi carne es combustible y mi conciencia parda; / afímeras y agudas refulgen mis pasiones / cual vidrios de botellas que erizaron la barda / del gallinero contra los gatos y ladrones”.

Unos días antes, con Jesús B. González, acudió a una cartomanciana y ella le pronosticó una muerte por asfixia. Durante su enfermedad, cuando la neumonía y la pleuresía dificultaban su respiración, recordó las palabras de la adivina. En los últimos momentos se volvió hacia su madre y le dijo: “¡Préstame tus manos para llorar!” Por instrucciones del general Obregón, Vasconcelos dispuso el funeral por cuenta del gobierno. La cámara de Diputados, a petición de Jesús B. González, Juan de Dios Bojórquez y Pedro de Alba, se enlutó por tres días. El cuerpo fue velado en el Paraninfo de la Universidad Nacional y enterrado en el Panteón Francés. Abundaron los homenajes de escritores y de publicaciones.

El último poema que corrigió para la imprenta es “La Suave Patria”, fechado el 24 de abril y que fue publicado por la revista *El Maestro* en junio del año de su muerte y recogido posteriormente en *El son del corazón*. “La Suave Patria” es, sin lugar a dudas, el poema más conocido de López Velarde. Repeti-

do por los niños de escuela, machacado en los actos cívicos y en los concursos de declamación, exhibido como un objeto folklórico y patrioter, ha salido de estos tejes y manejes bastante deteriorado y maltrecho. Vuelto lugar común y hueco de sentido. Los aciertos de expresión, lo inusitado de las imágenes, la belleza deslumbrante del poema han encontrado eco en todos los mexicanos. Quien más, quien menos se conmueve ante las alusiones de la provincia o del paisaje. No ha faltado quien haya encontrado en el poema de pretexto para la demagogia y aun se ha intentado ver en López Velarde – el poeta de la intimidad– a un líder de partido político o de la Reforma Agraria. López Velarde no cree en la patria como “una realidad histórica, sino íntima”. No se ocupa de la historia sino de la “infrahistoria”, esto es, de la historia personal: “Y aunque toca al poeta roerse los codos / vivo la formidable vida de todas y de todos”. Vida formidable, única y eterna. En el proemio del poema, en los primeros versos, advierte que excepcionalmente alzaría su voz “para cortar a la epopeya un gajo”. En cierta forma se burlaba de sí mismo por su intento: “a la manera del tenor que imita / la gutural modulación del bajo”. Epopeya sí, pero no a la tradicional manera. Aquí el poeta navega por “las olas civiles con remos que no pesan” y la voz fulgurante del cantar tiene aquí una “épica sordina”. El poeta se dirige a la patria como a una mujer. La describe y la define. La recorre enumerando sus bellezas y sus rasgos. No hay hazañas, ni héroes. Sólo Cuauhtémoc, “el joven abuelo” aparece como otro cuadro escénico en el intermedio. El segundo acto es –como el primero– descriptivo y emocionado. El poeta recoge luces, matices, aromas y sabores. Pule la expresión, se empaña en la sorpresa, es afortunado en los hallazgos, se horroriza ante lo manido. Ese es su estilo, sólo que en “La suave patria” la expresión no lo encamina a una exploración de profundidad sino de superficie. Despierta la emoción por las imágenes y por lo que ellas sugieren, porque roza nuestra sensiblería a flor de piel. Es un caso aparte en la poesía de López Velarde. Y lo es, porque sólo concierne a su conciencia estética, porque no penetra el corazón de la realidad.■



Esquinero derecho.